

## Taller

**Artículo:** *Educación artística y desarrollo estético. Apuntes para un compromiso ético-político*

**Autor:** Mauricio Lizarralde Jaramillo

**Revista:** Revista Internacional del Magisterio No. 49, 2011.

**Nombre:** Valentina Sotelo Pinzón - 20241287041

### 1) Relación indisoluble entre educación artística y desarrollo estético

El texto de Lizarralde me lleva a cuestionar esa idea tan instalada en la escuela donde el arte se reduce a la técnica o al resultado final. Muchas veces se evalúa si el dibujo quedó “bien hecho”, si la obra cumple con ciertos criterios formales o si el estudiante domina un lenguaje artístico específico. Sin embargo, el autor plantea que esa mirada es limitada, porque centra la atención en el producto y no en el proceso, y mucho menos en el sujeto que vive la experiencia.

Cuando habla de desarrollo artístico y desarrollo estético como dimensiones inseparables, nos invita a comprender que el arte no es solamente aprendizaje de habilidades, sino una experiencia que transforma la manera en que sentimos, percibimos y nos relacionamos con el mundo. El desarrollo estético no ocurre aparte del arte, sino que se da en la experiencia misma: en el momento en que el niño pinta, actúa, escucha música o crea, está también reorganizando su forma de sentir y significar la realidad.

Desde esta perspectiva, la educación artística no debería tener como fin formar artistas, sino formar sujetos sensibles, capaces de reconocerse y reconocer al otro. La relación es indisoluble porque toda experiencia artística moviliza emociones, cuestiona percepciones y amplía horizontes. En ese sentido, el arte se convierte en un medio para la construcción de subjetividad y no en un simple espacio de producción estética.

### 2) Educación estética, percepción y emoción

Uno de los aspectos más profundos del texto es la reflexión sobre la percepción. Retomando a Umberto Eco, se entiende que la percepción no es neutra ni objetiva. Siempre miramos el mundo desde nuestras experiencias previas, desde los significados que hemos construido culturalmente. No vemos “la realidad tal cual es”, sino una realidad interpretada desde nuestra historia personal y social. Esto implica que la educación estética también es una educación de la mirada: aprender a cuestionar lo que creemos evidente y a reconocer que nuestra forma de ver está mediada.

Por otra parte, el aporte de Humberto Maturana resulta clave cuando afirma que toda acción humana está fundada en una emoción. No es la razón la que guía primero nuestras decisiones, sino el sentir. Esta idea transforma la manera en que entendemos la ética en la escuela. Si actuamos desde la emoción, entonces formar la sensibilidad no es algo secundario; es central en la formación humana. Educar estéticamente significa también reconocer nuestras emociones, comprenderlas y asumir que desde ellas construimos nuestras relaciones.

Asimismo, con Mijail Bajtin se refuerza la idea de que la conciencia no es individual ni aislada, sino social. Nuestra manera de percibir y nombrar el mundo se construye en diálogo con otros. Esto significa que la educación estética no ocurre en soledad, sino en la interacción, en el intercambio de sentidos y en la posibilidad de escuchar otras voces.

En conjunto, estas perspectivas permiten entender que la educación estética no es educar el gusto ni enseñar qué es bello o correcto, sino formar una actitud sensible frente al mundo, una disposición a percibir con mayor profundidad y a actuar con mayor conciencia.

### **3) Estética, ética, conciencia social y estética social**

Uno de los aportes más potentes del texto es la relación que establece entre estética y ética. Lizarralde nos muestra que la forma en que percibimos y valoramos el mundo influye directamente en nuestras decisiones morales. Si percibimos al otro desde el prejuicio, la indiferencia o el miedo, nuestras acciones estarán marcadas por esas emociones. En cambio, si logramos desarrollar una actitud sensible basada en el reconocimiento y la empatía, nuestras decisiones pueden orientarse hacia la inclusión y el respeto.

La idea de una “estética social” resulta profundamente significativa. No se trata solo de experiencias individuales, sino de construcciones colectivas de sensibilidad. Las formas en que una comunidad siente, percibe y valora determinan sus dinámicas de convivencia. En este sentido, la escuela juega un papel fundamental, ya que puede reproducir exclusiones o convertirse en un espacio de transformación.

Aquí es importante recordar lo que plantea Pierre Bourdieu sobre la violencia simbólica. Cuando la institución escolar impone criterios culturales únicos y deslegitima otras formas de expresión, está ejerciendo una forma de dominación. Por eso la educación artística debe asumir un compromiso ético-político: no puede limitarse a transmitir técnicas, sino que debe abrir espacios para que múltiples sensibilidades y experiencias tengan lugar.

Finalmente, en coherencia con lo que propone Maxine Greene, la educación estética tiene la capacidad de abrir posibilidades. Nos permite imaginar otros mundos, cuestionar lo dado y asumir una postura crítica frente a la realidad. Desde ahí, el arte deja de ser un complemento del currículo y se convierte en una dimensión esencial de la formación humana.